

Gótico manchego

Autor: Juan Ignacio Sanz

Un joven matrimonio no hace lo que debiera hacer un joven matrimonio. No están muy juntos, no se abrazan, no se miran, no se tocan. Parece más bien un viejo matrimonio. Ni siquiera la intimidad que les ofrece una oscura sala de cine les ayuda a quitarse de encima los complejos rurales. O quizás estén enfadados. Él mira atentamente la película. Ella se debate entre mirar al marido y mirar al atractivo actor que sale en la pantalla de los sueños. Malo si hace comparaciones, el actor saldría ganando por goleada. Le haría un monumento a ese actor con cara de buena persona. A su marido... a su marido, no sabe realmente que haría con él. Quizás dejarlo para siempre e irse a vivir a la capital. Eso sí es vida. Y más ahora que ha conocido a un joven bizco con aires de maletilla que se ha enamorado de ella. Ah, si la vida fuera como en el cine, piensa ella. Mataría a su marido y se casaría con el maletilla que nunca llegará a torero, aunque le llamen como a un famoso espada mejicano. Quizás para reírse de él, debido a su bizqueante ojo derecho. ¿Y por qué no hacer que la vida se parezca al cine? Ella, la mujer fatal de la pantalla, también quiere matar a su marido. Y usa al actor con cara de bueno. Ella, la mujer imposiblemente fatal, de pueblo pequeño, rodeada todos los días y a todas horas de familiares o gentes con diverso grado de parentesco (en un pueblo, ya se sabe, todos se conocen), también sueña con matar a su marido.

Cuando la actriz cuenta al actor su plan para deshacerse de su marido, la joven mujer de pueblo mira al suyo, absorto ante las peripecias de la película. Y le viene a la cabeza un plan, desastroso, para acabar con su marido. Ella también puede ser una mujer fatal, aunque sea en los sueños oscuros de un cine pequeño de un pueblo enano. Y su maletilla bizco será el hombre que le haga el trabajo sucio. A veces, los sueños pueden volverse en contra de uno. Aquel sueño en aquel cine de pueblo se convirtió en pesadilla al cabo de un año. Una pesadilla que duró cincuenta años. Pero cuando salió,

muy contenta, del cine, agarrada a un muerto futuro, ella no lo sabía. Seguía viviendo su particular sueño.

Un anciano. Setenta y nueve años de una vida dura, mortal y llena de amargura. Una de esas vidas que acaban matando a uno de mala manera. Una imagen en su cabeza no le deja dormir. En esa foto fija que se le aparece todas las noches se ve a sí mismo, mucho más joven, más esperanzado, más risueño, torciendo el rumbo de su futura vida. Una mala mujer quizás tuvo la culpa. O un simple arrebato pasional. Se ve allí, con cincuenta de menos, un imberbe, un joven paleta de pueblo que no ha conocido otra cosa que la reciedad y la sobriedad en la reseca tierra que le trajo al mundo. Arranca una piedra enorme de su lecho terrenal y la arroja sobre un hombre, más o menos de su edad, más o menos con sus mismas ilusiones, que monta a caballo. A la sazón, su jefe. A la sazón, el primer marido de su futura mujer (¿esa mala mujer?). Y mientras el hombre al que ha lanzado la piedra agoniza caído en el suelo, él siente miedo, el mismo miedo que sentirá toda su vida. Allí acaba la vida de un hombre, pero allí también, en aquel descampado, se torció su propia vida. Dejó de ser un joven imberbe y se convirtió en un asesino. Él no se dio cuenta, pero ya de anciano, echa la vista atrás y siente miedo. Es natural sentir miedo cuando el mismo fantasma se te aparece todas las noches de todos los días durante cincuenta años. Y es normal que a uno le de un arrebato, nada pasional esta vez, si no un arrebato de furia y violencia incontrolable, y acabe matando a su mujer.

Oscuridad en un cine de pueblo. Pequeños, el cine y el pueblo. Veinte vecinos llenan las endeble butacas, que en la penumbra anuncian gracias a los débiles destellos de luz de la pantalla su antigüedad y su suciedad. En esa pantalla donde se agolpan los sueños de todos los congregados no echan una película erótica. Es cine negro, del bueno, del de pata negra, como la del jamón. Cine de caoba, que es la mejor madera de la que pueden estar hechos los muebles. También hay piernas de caoba. Fetén. De lujo. En la pantalla grande nos saludan dos grandes estrellas en el firmamento cinematográfico. Ella muy rubia, muy maquillada; demasiado peinada, demasiado exagerada en su vestido, sus andares, sus gestos, sus palabras. Icono de la mujer fatal en el cine, y por ende, en la vida. Él, impávido, con cara de buena persona, o de tonto, que a veces es lo mismo. En esta película lo es. Ella se come a él. Él se deja comer.

Lo encontré sentado en la sala de televisión de un centro psiquiátrico penitenciario. Cuando entré, Raúl acababa de marcar el importantísimo gol de la victoria de la selección española, y todos los internos lo celebraban a lo grande. Gritaban y lloraban de felicidad por la gesta lograda por el equipo nacional de fútbol español. Todos se abrazaban y hubo uno que hasta se permitió celebrarlo con un purito. Sólo un hombre permanecía lejos de aquel tumulto. Y, sin tener que preguntar a algún celador, supe que ese era mi hombre, el hombre al que había dedicado, sin pretenderlo, los últimos meses de mi vida.

Mientras me acercaba a él, observé que estaba sentado en una “chaise-longe” de un modo extraño, como si alguien lo hubiera izado hasta el techo y luego lo hubiera

dejado caer encima del sillón. Y al caer, Aurelio no se movió. No sé que pasaba por la mente de aquel hombre que no hacía caso del partido de fútbol y que era capaz de aguantar sentado en una postura, cuando menos, incómoda. Supuse que estaría *no pensando*. Por lo que me dijo el director de aquel centro, Aurelio ya no era capaz de regir. Su cerebro había dicho basta un día después de que hubiera asesinado a su mujer, mientras era conducido al juzgado de una capital manchega para prestar declaración. Allí, en la entrada del edificio, los flashes de las cámaras de foto y de video le advirtieron cruelmente de la magnitud de lo que había hecho. Allí, custodiado por dos guardias civiles, se quedó tonto, hecho un vegetal, como refleja el informe del psicólogo que le atendió posteriormente. Aurelio dejó de hablar.

Tampoco es que antes fuera un charlatán. “Yo quería mucho a mi mujer. La he matado porque me engañaba con otro del pueblo”. Eso lo leí, el día siguiente al crimen, en el mismo periódico en el que yo había causado baja por motivos personales. Lo leí y lo releí y no podía creérmelo. ¿Puede un hombre de 79 años sentir celos y pensar que su mujer, de 83 e impedida físicamente, le ponía los cuernos con alguien del pueblo? Me encontraba en una cafetería cercana a mi casa y un camarero advirtió mi asombro mientras leía aquello de los celos. Ambos nos fundimos en una sonrisa picarona que delataba nuestra incredulidad.

Después de eso comenzó mi cruzada. Regresé al periódico tras más de siete meses de ausencia con la intención secreta de enterarme sobre el crimen. Allí me encontré con viejos conocidos y con nuevos desconocidos. Los viejos me trataron bien; me pidieron que volviera a trabajar; me agasajaron y me invitaron a comer. Decliné todas aquellas ofertas con placer sarnoso. Prefería regodearme en mi propia miseria. De los jóvenes, hubo una que me gustó, sabia y guapa como ella sola. Se llama Sofía y ahora está conmigo en este centro penitenciario. Le dije que me esperara en el coche. Prefería

encontrarme a solas con Aurelio, una suerte de némesis, para poder aliviar juntos el dolor que sufrimos. Lo siento si soy un pequeño cabrón, pero el dolor de Aurelio ha servido para cicatrizar el mío.

Son las seis de la mañana y aunque no ha amanecido, el sol cae a plomo sobre los tejados y las calles de un pequeño pueblo. Huele a gasolina y a quemado. El sol nubla la casa y parece que ésta se derrite. Culpa de un efecto óptico provocado por la cercana gasolinera. Los surtidores echan humo, literalmente. Rosalía, sentada en una silla de ruedas, se come un huevo frito sin más adorno que el pan duro del día anterior para mojar en la yema. Huele a rancio en la cocina. Huele a babas y a viejo. Huele a pañales y a medicinas. Pero en esa casa no hay niños. Ni los ha habido nunca, ni los habrá. Es lo que tiene la vejez, nos acerca peligrosamente a la niñez porque nos empequeñecemos hasta dejar de existir. También los viejos usan pañales. Aurelio entra silencioso, arrastrando los pies embutidos en unas zapatillas que sólo un viejo se atrevería a llevar. El pantalón, de tan holgado, parece que se le fuera a caer, y camina pisándose los bajos, manchándolos por culpa de un suelo que no se ha fregado a conciencia desde hace varios años. Rosalía le ve llegar y masculla algo. Para sí misma, no quiere enfadarlo tan de temprano, que luego se pasan todo el día discutiendo. O peor, se pasan todo el día en silencio, sin hablar el uno con la otra, fraguando en su interior todo el rencor del que pueden ser capaces. No hay huevo frito para Aurelio. Anoche ya sólo quedaba uno y Rosalía, que se levanta, como las gallinas cluecas, antes de que el sol se desperece, se lo ha freído con mañas egoístas. No nos queremos tanto como para compartir un huevo, parece que le dice a Aurelio mientras moja el pan en la yema reseca. Hay magdalenas.

Aurelio, que tiene gaita de no desayunar dulce, tuerce el gesto de adormilado en disgustado. Ya no le duele lo que le haga Rosalía. Será porque ha sufrido tanto, tanto... que ya no siente dolor. Coge un cuchillo y amaga con el pan. Pregunta si hay aceite para mojar el pan. Rosalía le dice que sí sin volverse. Fatal. Aurelio alarga el cuchillo y le asesta una puñalada traicionera en el duro cuello de ella. Rosalía se debate. Grita, patalea, llora. Se da la vuelta y parece decirle me has hecho daño, deja el cuchillo ese y cómete la mitad del huevo conmigo. Pero Aurelio ya no quiere huevo. Ha comenzado lo que llevaba soñando mucho tiempo y siente que ya no puede parar. Ella no le implora. Parece que le pide perdón. O quizás asiente aliviada porque, en el fondo, Aurelio le está haciendo un favor. Mejor no pertenecer a un mundo que ya no te quiere. La segunda cuchillada, mal dada, le jode la mandíbula y comienza a sangrar malamente. Ya no hay remedio, se dice Aurelio. Mira a su mujer una vez más y le clava una tercera y definitiva vez el cuchillo de cocina. Ella cae redonda en el suelo. Ni la silla de ruedas ha podido soportar un peso muerto del calibre del de Rosalía. Aurelio la ve en el suelo, inerte, y se sienta en la silla de madera. Aparta a la mujer que ha amado durante cincuenta años y se termina el huevo que ella no ha podido comer. Luego, la mente se le nubla.

Lo que habrá sufrido este matrimonio no lo saben más que ellos. Ella está muerta, físicamente; él, también está muerto, psicológicamente. Quizás, sólo su hija sepa la verdad de esta historia de amor que se prolongó durante 50 años. Intenté hablar con ella. Fue imposible. Se fue tan pronto de casa, en cuanto conoció novio que le rió las

presuntas gracias, que ya no quiso saber nada de sus padres, tachados de asesinos en el pueblo donde nacieron y donde nunca más volvieron.

Pero casi no les pillan. Un año estuvieron amándose en secreto hasta que una tía de Rosalía los sorprendió jugueteando en la habitación de ella. ¿Un gañán acostándose con mi sobrina, la dueña de las tierras? Aquí hay gato encerrado. Y lo había. Ella desenmarañó la hebra que llevo a los jóvenes amantes a la cárcel. Aurelio cumplió 20 años en un presidio del que nunca quiso recordar el nombre. Rosalía, embarazada cuando entró, pasó 9 años dentro. Cuando salió Aurelio, el fruto del vientre que Rosalía llevaba dentro y que fue el culpable de que ambos se atrevieran a asesinar al primer marido de ella, era una adolescente que pensaba más en que le metieran la polla dentro de su cuerpo virgen que en amar a unos padres a los que apenas conocía. Y a los que, en su fuero interno, odiaba. ¿Cómo es posible una adolescencia sabiendo que tu nacimiento fue la causa por la que tus padres estuvieron en la cárcel? Cuando menos, difícil. No quisiera estar en su pellejo. Como ella tampoco quiso estar en el entierro de su madre. Demasiada vergüenza. Demasiados comentarios en un pueblo en el que los más viejos conocían el crimen anterior. Un pueblo en el que Aurelio alardeaba de lo mucho que quería a su mujer: “Tanto la quería, que fui capaz de matar a su marido por casarme con ella”, solía contar a quienes quisieran escucharle.

Ayer llamé por teléfono a Irene para decirle que ya no iba a volver a su consulta. “He encontrado trabajo en una nueva ciudad. Sofía viene conmigo. Creo que tenemos un futuro juntos. Hace tiempo que no tengo pesadillas con Mónica. Todavía no puedo coger un coche, pero creo que ya estoy curado. Si no, Sofía me ayudará a terminar de

curarme. Y, pase lo que pase, siempre tendré en la memoria a Aurelio. Nunca olvidaré que gracias a él, recuperé la alegría de vivir”.

FIN